



CLÁSICOS UNIVERSALES

EL EXTRAÑO
CASO DEL
DR. JEKYLL
Y MR. HYDE

ROBERT LOUIS STEVENSON

TRADUCCIÓN DE
JUAN ANTONIO MOLINA FOIX



Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S.A.

Título original: *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*

© 2003, de la traducción, Juan Antonio Molina Foix
(cedida por la Editorial Valdemar)

© 2009, de las ilustraciones, Fernando Vicente

© 2009, de la introducción, Ramón Acín y Raúl Acín

© 2009, Editorial Casals, S.A.

Casp 79, 08013 Barcelona

Tel.: 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambulector.com

Coordinación de la colección: Jordi Martín Lloret

Diseño de la colección: Liliana Palau / Enric Jardí

Ilustraciones del cuaderno documental:

© Aisa, © Album/akg-images, © Corbis/Cordon Press,

© Getty Images.

Tercera edición: abril de 2012

ISBN: 978-84-8343-071-2

Depósito legal: B-43.841-2010

Printed in Spain

Impreso en Índice S.L.

Fluvià, 81-87. 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra solo
puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo
excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro
Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ÍNDICE

Introducción	9
La historia de la puerta	15
En busca de Mr. Hyde	27
El Dr. Jekyll se encontraba completamente a gusto	43
El caso del asesinato de Carew	47
El incidente de la carta	55
El extraordinario incidente del Dr. Lanyon	65
El incidente de la ventana	73
La última noche	77
El relato del Dr. Lanyon	99
Declaración completa de Henry Jekyll sobre el caso	113
Cuaderno documental: Stevenson, Jekyll y Hyde	145

PALABRAS SOBRE JEKYLL Y HYDE

Quizás no todos los lectores sientan lo mismo, pero sí que, como mínimo, abrigarán ante la aventura de recorrer la selva de palabras que edifica un libro la separación especial de la vida que de él se destila —separación del lodo rutinario, se entiende—. Sin duda, la lectura de cualquier libro contiene el lance de elevarnos por encima de lo que es habitual en la vida y, en consecuencia, encierra mucho de paréntesis —absolutamente inolvidable— dentro de la grisura cotidiana y, por supuesto, también mucho de refugio frente a ella.

Sin embargo, todo lector que se precie —además de ser ese cazador furtivo que recorre territorios ajenos—, no sólo debe pretender, arropado en el silencio de su correría solitaria, la búsqueda de un grimal que adormezca la trivialidad del entorno, que acalle sus miedos o que, entre otros bálsamos, aminore sus penas. También debe enfrascarse, gracias al jugoso convite de las palabras, en el trasfondo que alientan unas historias sobre las que pululan personajes y suceden peripecias, azarosas o llenas de sustancioso jugo. Sólo así,

ahondando, saldrá armado para ampliar el horizonte de la mirada necesaria con la que escrutar el misterio de la vida. Es decir, la lectura, paréntesis y refugio gozosos, para serlo de verdad, también tiene que devenir en conciencia crítica. O sea, en duda e interrogación en medio de la algarabía imaginativa que abduce nuestra mente cuando los ojos recorren páginas en los libros. En suma, la lectura debe descubrirnos lo que en verdad somos, más allá de la realidad física del cuerpo y del entorno, porque leer, desde siempre, ha sido un desplegarse personal sobre el mosaico de las palabras que construyen los libros —recordad a Machado: «El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas; es ojo porque te ve»—. Es más: todo buen lector se interroga e interroga el mundo cuando lee. Y lo hace, amén del goce, para comprenderse a lomos de la sensibilidad. Circunstancia que sólo es posible porque la escritura jamás ha prescindido de la vida.

Y vida a borbotones y, también, mirada a fondo podemos encontrar en la obra de Robert Louis Stevenson (1850-1894) y, más concretamente, en *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, un clásico que, todavía hoy, sigue llamando la atención cuando el lector se adentra por primera vez entre sus páginas, más de un siglo después —123 años, para ser exactos— de su publicación. Buena prueba de la vigencia de esta obra es la cantidad de adaptaciones, versiones e incluso relecturas cinematográficas, musicales, etc., que ha inspirado, pese a que por el camino su sentido haya sido, a menudo, deformado.

Todo esto es posible porque R. L. Stevenson desarrolló una serie de temas que están más allá de modas y de épocas

(citemos: la naturaleza del bien y del mal, la necesidad humana de lo prohibido, el horror a la pérdida de la identidad, la presencia simbólica del doble o el otro, el enfrentamiento entre ciencia y religión, la fascinación por el mal o la irracionalidad... Ni siquiera la doble moral es exclusiva de la sociedad victoriana), y, además, porque lo hizo aproximando su trabajo a esquemas claramente populares.

Stevenson —quien a lo largo de toda su vida se mostró profundamente interesado en las leyendas y creencias tradicionales y en la cultura de masas— lo consiguió a través de la pátina genérica —la intriga policial, la historia fantástica— y con el estilo escogido. Un estilo escueto, como corresponde a la combinación de los testimonios de diversos personajes que intentan explicar el misterio de la novela, que, sin embargo, queda lejos de la distancia racionalista que podría suponerse. Al contrario, Stevenson logró una atmósfera enrarecida, de una inasible extrañeza, intensamente turbadora, con una prosa sencilla y, a la vez, meticulosamente construida.

Asimismo, el autor, nacido en Edimburgo, recurrió a elementos de la cultura popular escocesa: para la dualidad extremada de Jekyll, se inspiró, en cierto modo, en el *coimimeadh*, una suerte de hombre—reflejo ligado a la persona como una sombra, y en la historia de William «Deacon» Brodie (1741-1788), un ebanista tan respetado a causa de su moral intachable que incluso llegó a convertirse en concejal de su ciudad natal. William Brodie, presidente (*deacon*) del gremio de carpinteros y masones, instalaba o arreglaba por el día las puertas y los cerrojos de la buena sociedad de

Edimburgo, pero al caer la noche, tras haber hecho copias de todas las llaves, se introducía con sigilo en sus casas y las desvalijaba. Con el dinero robado, costeaba una doble vida que incluía dos mujeres distintas, un total de cinco hijos y una inveterada pasión por el juego...

Por último, resulta interesante comprobar hasta qué punto la temática principal de la novela —la dualidad del ser humano— hunde sus raíces en la propia biografía de su autor: el aventurero romántico que fue Stevenson vio lastrada su juventud rebelde y bohemia y la promesa de una vida de aventuras en alta mar (sendas muestras de su desapego hacia la moral de las apariencias típicamente burguesa, que el narrador escocés siempre identificó con su padre) por la tuberculosis fatal que le amenazó desde niño.

Pero, sin duda, la gran lección de Stevenson, su legado a la posteridad, es la victoria de la imaginación, del poder de la fantasía, frente al realismo romo y mimético (en realidad, la pura negación de toda creación artística) en su pretensión de análisis y crítica social. Porque, como Oscar Wilde, Stevenson sabía que «hay dos mundos muy distintos. Uno es el mundo de la realidad, y de éste no hace falta hablar porque es evidente. Todos lo tienen ante sus ojos y jamás dejan de verlo aunque nosotros callemos. Pero hay otro mundo que nadie percibe si el artista guarda silencio. De éste es del que debemos hablarle a la gente».

RAMÓN ACÍN Y RAÚL ACÍN
Zaragoza, 2 de marzo de 2009

EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y MR. HYDE

A Katharine de Mattos¹

Malo es desatar los lazos que unen por decreto divino;
seguiremos siendo los hijos del brezo y del viento;
aun lejos del hogar, para ti y para mí
todavía florece hermosa la retama en la región del norte.

1. Se trata de la prima del autor, Katharine Elizabeth Alan Stevenson (1851-1939), casada más tarde con William Sydney de Mattos, que compartió su infancia con aquel y frecuentó el *cottage* de Skerryvore durante la época de gestación de la novela. (*N. del T.*)

LA HISTORIA DE LA PUERTA

El abogado señor Utterson era un hombre de semblante adusto,² jamás iluminado por una sonrisa; frío, parco³ y vergonzoso en la conversación; remiso⁴ en sentimientos; enjuto,⁵ alto, taciturno,⁶ aburrido, y sin embargo adorable, en alguna medida. En las reuniones de amigos, y cuando el vino era de su agrado, irradiaba de sus ojos algo eminentemente humano; algo que, a decir verdad, jamás salía a relucir en su conversación, pero que expresaba no sólo con aquellos gestos silenciosos de su cara después de la cena, sino más a menudo y llamativamente en su vida cotidiana. Era austero consigo mismo; bebía ginebra cuando estaba solo, para mortificar su afición por los vinos añejos; y aunque le encantaba el teatro, hacía ya veinte años que no cruzaba las puertas

2. *Adusto*: de rostro serio y severo.

3. *Parco*: sobrio o moderado.

4. *Remiso*: discreto, reservado.

5. *Enjuto*: delgado.

6. *Taciturno*: callado.

de ninguno. En cambio mostraba una acreditada tolerancia en su trato con los demás; unas veces asombrándose, casi con envidia, de la gran tensión anímica que implicaban sus delitos; y en cualquier situación extrema era más propenso a prestar ayuda que a reprender. «Me inclino por la herejía de Caín», solía decir pintorescamente, «dejo que mi hermano se vaya al diablo por su propio pie».⁷ Con este carácter, a menudo tuvo la suerte de ser el último conocido de confianza y la última influencia bienhechora en las vidas de hombres venidos a menos. Y mientras estos siguieron acudiendo a sus aposentos, jamás les mostró el más leve cambio de actitud.

Sin duda esa proeza le resultaba fácil al señor Utterson, ya que era reservado en el mejor de los casos, e incluso sus amistades parecían basarse en una similar liberalidad francamente cordial. Es característico de un hombre modesto el aceptar su círculo de amistades creado de manera casual; y ese era el estilo del abogado. Sus amigos eran los que tenían su misma sangre, o aquellos a quienes conocía desde hacía más tiempo; sus afectos crecían con el tiempo, como la hiedra, y no implicaban la menor inclinación por el objeto. De ahí, sin duda, el vínculo que le unía con el señor Richard Enfield, pariente lejano suyo y hombre muy conocido en la ciudad. A muchos les intrigaba qué podían ver el uno en el otro, o qué tema de conversación podían compartir. Quienes se tropezaban con ellos en sus paseos dominicales contaban que no decían nada, que parecían extraordinariamente aburridos, y

7. En la Biblia [Génesis, 4: 9] Caín rehúsa aceptar la responsabilidad por su hermano Abel: «¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?» (*N. del T.*)

que acogían con evidente alivio la aparición de un amigo. A pesar de todo eso, aquellos dos hombres otorgaban la mayor importancia a esas excursiones, las consideraban lo más preciado de cada semana y, con tal de poder disfrutarlas sin interrupción, no sólo dejaban de lado ocasiones de placer, sino que incluso se resistían a las demandas de sus negocios.

Sucedió que en uno de aquellos paseos sus pasos los llevaron a una callejuela en un concurrido barrio de Londres. La calle era pequeña y de las consideradas tranquilas, aunque en los días laborables se llevaba a cabo en ella un floreciente comercio. Al parecer, a sus habitantes les iba muy bien, y todos ellos porfiaban⁸ con la esperanza de que les fuera todavía mejor y empleaban el excedente de sus ganancias en coquetería; de modo que los escaparates de las tiendas que se alineaban a lo largo de aquella calle parecían invitarle a uno como si fueran filas de sonrientes dependientas. Incluso en domingo, cuando ocultaba sus más floridos encantos y permanecía relativamente vacía de tráfico, la calle resplandecía por contraste con su sórdido vecindario, como un fuego en un bosque; y con sus postigos recién pintados, sus bronces bien pulidos, y la general limpieza y alegría ambiental, atraía y complacía en el acto la mirada del viandante.

A dos puertas de una esquina, a mano izquierda yendo hacia el este, la entrada a un patio rompía el alineamiento de las fachadas; y justo en aquel lugar, la siniestra mole de

8. *Porfiar*: persistir tenazmente en algo.

cierto edificio proyectaba su gablete⁹ sobre la calle. Tenía dos pisos de altura; no se veía ninguna ventana, sólo una puerta en la planta baja y un frente ciego de muro descolorido en el piso superior; y en todos sus rasgos mostraba las señales de un prolongado y sórdido abandono. La puerta, desprovista de campanilla o aldaba, estaba excoriada y despintada. Los vagabundos se metían en el hueco y encendían cerillas en los entrepaños; los niños jugaban a las tiendas en los escalones; el colegial había probado su navaja en las molduras; y durante casi una generación nadie parecía haber ahuyentado a aquellos visitantes fortuitos, ni reparado sus destrozos.

El señor Enfield y el abogado se encontraban al otro lado de la callejuela; pero cuando llegaron frente a la entrada, el primero alzó su bastón y la señaló.

—¿Te has fijado alguna vez en esta puerta? —preguntó; y cuando su compañero le contestó afirmativamente, añadió—: Mi mente la asocia con una historia muy extraña.

—¿De verdad? —dijo el señor Utterson, con un leve cambio de voz—, ¿y de qué se trata?

—Pues verás, ocurrió así —replicó el señor Enfield—: Una oscura mañana de invierno, a eso de las tres, regresaba yo a mi casa procedente de algún lugar situado en los confines del mundo y atravesaba una parte de la ciudad donde no había literalmente nada que ver salvo las farolas. Recorrí una interminable sucesión de calles... iluminadas como para una

9. *Gablete*: elemento arquitectónico; frontón rematado en ángulo agudo.



procesión y tan vacías como una iglesia... y todo el mundo estaba dormido, hasta que por fin me sobrevino ese estado de ánimo en el que un hombre presta atención a cualquier ruido y empieza a anhelar la presencia de un policía. De pronto vi dos figuras: una de ellas era un hombrecillo que caminaba a buen paso en dirección hacia el este, y la otra, una niña de unos ocho o diez años que bajaba por la bocacalle corriendo todo lo que podía. En fin, señor, lógicamente ambas figuras se encontraron en la esquina; y entonces se produjo la parte horrible del asunto; pues el hombre pisoteó tranquilamente el cuerpo de la niña y la dejó tendida en el suelo chillando. Contado no parece gran cosa, pero fue horrible verlo. No parecía un hombre; más bien era como un maldito Juggernaut.¹⁰ Lancé un grito, puse pies en polvorosa,¹¹ cogí por el cuello al caballero y lo volví a llevar a donde ya se había reunido un verdadero grupo en torno a la niña que chillaba. Estaba completamente tranquilo y no opuso resistencia, pero me echó una mirada tan desagradable que me hizo sudar tanto como la carrera que acababa de darme. La gente que se había congregado era la propia familia de la chica; y muy pronto apareció el médico al que precisamente la habían enviado a buscar. En realidad la niña no tenía nada grave sino que más bien estaba asustada, según el matasanos;¹² y con ello podrías suponer que se acababa el asunto. Pero se dio una curiosa circunstancia. Desde el pri-

10. Deidad de la mitología hindú. En la Inglaterra victoriana el término se utilizaba para denotar a alguien que abrumaba a la gente hasta matarla. (*N. del T.*)

11. *Poner pies en polvorosa*: echar a correr.

12. *Matasanos*: forma despectiva de nombrar a un médico.

mer momento yo le había tomado aversión a aquel caballero. Lo mismo le había pasado a la familia de la niña, lo cual era perfectamente normal. Pero me sorprendió la reacción del médico. Era el típico galeno¹³ rutinario, sin edad ni color de tez concretos, con un fuerte acento de Edimburgo y casi tan emotivo como una gaita. En fin, señor, le pasó lo mismo que al resto de nosotros: cada vez que miraba a mi prisionero, el matasanos palidecía y le entraban ganas de matarlo. Yo sabía lo que pasaba por su mente, lo mismo que él percibía lo que pasaba por la mía; y como no era cuestión de matarlo hicimos lo mejor que podíamos hacer. Le dijimos al hombre que podíamos y estábamos dispuestos a armar tal escándalo por aquello que su nombre sería odiado de un extremo a otro de Londres. Si tenía algún amigo o influencia, nos encargaríamos de que los perdiera. Y mientras arremetíamos contra él acaloradamente, todo el tiempo tuvimos que mantener a distancia a las mujeres lo mejor que pudimos, ya que estaban tan furiosas como arpías.¹⁴ Nunca he visto un conjunto de rostros tan odiosos; y el hombre estaba en medio, con una especie de perversa y socarrona¹⁵ frialdad... asustado también, como pude percibir... pero salió airoso del asunto como un verdadero Satanás.

»—Si quieren sacar provecho de este accidente —dijo—, no puedo hacer nada, por supuesto. Cualquier caballero que se precie desea evitar una escena. Díganme la cantidad.

13. *Galeno*: sinónimo de «médico»; proviene del nombre de un célebre médico griego.

14. *Arpia*: monstruo fabuloso con rostro de mujer y cuerpo de ave de rapiña. Suele emplearse como insulto.

15. *Socarrona*: burlona.

»En fin, le apretamos las clavijas¹⁶ hasta sacarle cien libras para la familia de la niña; evidentemente él habría preferido no ceder; pero había algo en todos nosotros que indicaba que podíamos causarle daño, y finalmente se rindió. El paso siguiente era conseguir el dinero; y ¿adónde cree usted que nos llevó? Pues a la casa de la puerta... sacó de repente una llave, entró, y volvió en seguida con diez libras en monedas de oro y un cheque por el resto contra el banco de Coutts,¹⁷ librado al portador y firmado con un nombre que no puedo mencionar, aunque sea una de las gracias de mi relato, pero diré por lo menos que era muy conocido y frecuentemente mencionado en los periódicos. La cifra era alta; pero la firma, si era auténtica, valía más que todo eso. Me tomé la libertad de señalar al caballero que todo aquel asunto me parecía apócrifo; y que en la vida real no es normal que un hombre entre por la puerta de un sótano a las cuatro de la mañana y salga con un cheque firmado por otro por un importe de casi cien libras. Pero él estaba muy tranquilo y desdeñoso.

»—Tranquilícense —dijo—. Me quedaré con ustedes hasta que abra el banco y yo mismo haré efectivo el cheque.

»De modo que nos pusimos en camino, el médico, el padre de la niña, nuestro amigo y yo mismo, y pasamos el resto de la noche en mis habitaciones; y al día siguiente, cuando hubimos desayunado, fuimos todos juntos al banco.

16. *Apretar las clavijas*: presionar.

17. Uno de los bancos más antiguos de Londres, fundado en 1692 por los hermanos Coutts. A partir del reinado de Jorge III, todos los monarcas ingleses han abierto cuentas corrientes en sus oficinas de la calle Strand. (*N. del T.*)